

¡Salven a la Argentina!

*Ricardo A. Ferraro**

Cuando se vive en ambientes pobres –tanto en lo económico como por su producción, como por el nivel de las ideas y debates que se registran– en los que la supervivencia es la regla fundamental, sólo espolvoreada con un poco de acomodo, algunas ambivalencias y pequeñas traiciones –¡el presupuesto no da para las grandes!– uno tiende a acostumbrarse.

Los ciegos son abrumadora mayoría, los tuertos sueñan con el Nobel y alguno que distingue manchas y luces con el ojo malo, dirige.

En esos ambientes, cuando aparece algún texto como el que nos ocupa, se respira aire puro y fresco y se recuerdan los buenos, viejos, tiempos en los que estábamos convencidos de que llegaría un futuro mejor. Es verdad que, sin ir más lejos, en Internet abundan papeles semejantes y hasta algunos originados en países con menos alcurnia en educación, investigación e innovación que Gran Bretaña. Pero tampoco es cuestión de buscarlos, bajarlos y saborearlos ya que el riesgo de sobredosis es grande.

En nuestro país, en el que cuesta tanto pensar en grande, los documentos sobre estos temas son casi siempre –seamos precisos con los términos– lamentables. Son, casi siempre, producto de solitarios o de grupúsculos, que defienden lo propio –¡es lógico!– y denuncian o se lamentan de la ceguera de los demás.

Por todo esto –y por varios otros motivos que mi ceguera me impide detectar– el documento de la sociedad que desde su nombre pide que salven a la ciencia británica, tiene un gran interés cuando es leído desde estas latitudes.

Por eso, por los atractivos del texto, vale destacar algunas calidades de sus autores.

Son lúcidos, ya que entienden en qué consiste todo el circuito, desde la educación y la investigación básica hasta el mercado, las relaciones con el gobierno y la competencia internacional, sin olvidar otros factores, como el capital de riesgo. En nuestro país no hay antecedentes de documentos que demuestren conocer toda la trama. Habitualmente se pontifica desde un rincón, mientras se suponen,

* Profesor de Política Tecnológica, Universidad de Buenos Aires.

o ignoran, los intereses y argumentos de los demás. Esta diferencia puede deberse al hecho de que la SBS está integrada no sólo por científicos sino también por industriales.

Además exhiben la osadía de sostener que “las cuestiones de cyT [...] son cruciales para una buena gestión de gobierno”. Argumento que ningún secretario de Ciencia y Tecnología argentino consiguió transmitir ni siquiera a su presidente. Ni, mucho menos, a su ministro de Economía. Y que ningún partido político local integra en sus proyectos, lo que es lógico: primero, porque no entienden bien de qué se trata y hasta ahora vivieron bien sin saberlo; segundo, porque es un tema que preocupa a poca gente (¿el uno por ciento de la población?) y, sobre todo, porque no es negociable ni con los empresarios ni con los sindicalistas, ya que a ellos les importa todavía menos.

Los de la SBS también entienden que importa “introducir mayor transparencia en las decisiones estratégicas vinculadas a la política de cyT”. Y no sólo a las formales y a las secundarias.

Estos británicos son sinceros. En nuestro país abundan documentos de científicos que opinan que el gobierno es malo (excepto si coincide con sus prejuicios ideológicos o si lograron algún truquito que los beneficie) y los empresarios tontos, pero nunca, por ejemplo, confiesan las debilidades del sistema de evaluación por pares. Nunca se

preocupan por que se “garantice que nuestros egresados tengan niveles de idoneidad comparables a los mejores de otros países”. Ni por que “se tomen recaudos para elevar el nivel de aptitud de los profesores de matemática y ciencia”.

Son ambiciosos, porque les preocupa que “cuando los japoneses miran hacia atrás no es precisamente a nosotros a quien ven”. Nosotros nos alegramos cuando, gracias a insólitas alquimias con las cifras y los conceptos, alcanzamos los niveles de inversión empresaria en Actividades Científicas y Tecnológicas –ACyT– (¡ya no en I+D!) de Grecia o Turquía. En este sentido, también hay que reconocer que les falta imaginación: aceptan sin chistar las cifras, y los criterios para calcularlas, de la OCDE. Pobre gente.

Son realistas cuando dicen que “otros países aplican diversas medidas para lograr estos fines; no tienen por qué estar más allá de nuestra inteligencia el poder hacer lo mismo”. Nosotros somos más papistas que el Papa, le otorgamos al mercado un poder que ningún país serio le reconoce y recitamos la versión más *light* de la economía de mercado que se puede conseguir en el ídem.

Son claros: “Gran Bretaña tiene sólo dos opciones por delante: ser más inteligente o más pobre”. ¡Pobres! no tiene la nuestra: la viveza criolla.

Son raritos: declaran –así nomás, totalmente sueltos de cuerpo– que “no hay futuro para la

ciencia británica a menos que esté acompañado de un futuro provechoso para la industria británica". ¿Qué tendrá que ver la ciencia con la industria?

Son comprensibles, sobre todo cuando describen cómo la Oficina de Ciencia y Técnica subió, bajó y vagó por el organigrama del

gobierno, cambiando cada dos por tres de estatus, prestigio y poder.

Quizás no sea una mala idea crear una sociedad que se llame *¡Por favor, salven a la Argentina!*, ya que no vale la pena limitarse a salvar sólo su ciencia cuando hay tantas otras cosas abolladas a la vista. □